

PRÓLOGO

El lento regreso

Por Maximiliano Barrientos

Nunca se regresa al mismo lugar del que se fugó. Cuando se vuelve, ese regreso sólo puede ser un gesto hueco. Después de un tiempo, después de que suceden ciertas cosas, todos volvemos a la casa de la infancia, al barrio de los primeros amigos, como turistas.

Hace 67 años Enrique Finot escribió una novela en la que dramatiza la imposibilidad de los regresos, si entendemos a estos como el reencuentro con la tierra que se dejó -y con los afectos, y con las historias que quedaron a medias.

En ese intento de establecer contacto con lo que alguna vez fue propio, siempre hay fisuras, siempre hay memoria que contradice al lugar: lo distorsiona, lo deforma, lo vuelve extraño. Esa turbulencia interpuesta entre el gesto de volver y la tierra a la que se llega, es un espacio idóneo para hacer literatura, para contar historias donde el conflicto humano bulle con significado y guerra.

En Tierra adentro, el personaje central, Lucio Salazar, es un ingeniero que pisa tímidamente la treintena y que vuelve a Santa Cruz tras 15 años de deambular por Europa estudiando, pero sobre todo malgastando el dinero heredado a la muerte de su padre y administrado por su tío, don

Nicanor, un hombre testarudo, que vive por principios que antes eran claros y sencillos, y que luego comenzaron a ser difíciles de reconocer: orgullo, nobleza, cierto culto por la familia y la tradición.

Su retorno no es voluntario, sino que responde a una amenaza de su tío: si no vuelve en un breve lapso de tiempo no podrá contar con la cuota de dinero que mensualmente se le dispensa. Apremiado por la idea de verse en la miseria, Lucio regresa a una tierra que no veía desde su juventud.

Desde las primeras páginas *Tierra adentro* se posiciona como una novela de contrastes: por un lado la alta cultura y el cosmopolitismo del que llega el protagonista, y por el otro la intensidad de un lugar donde la sangre aún no se ha domesticado y la naturaleza y el paisaje adquieren condición de metáfora.

“Ya al amanecer del día anterior, cuando despertó aturdido por el concierto de la selva, recibió una impresión extraordinaria. Sintió que su espíritu vibraba como un instrumento de música recién afinado, al que una mano impaciente tratara de arrancar las armonías más recónditas (...). Sin la intención de interpretar tan inexplicables emociones, pareciera como si de pronto la tierra natal se esforzara en seducirlo y reconquistarlo. ¿Cómo había olvidado tanta belleza? En diferentes países de América, visitando regiones tropicales, se había extasiado en la contemplación de verdaderos paisajes de ensueño. Pero algo le decía que esto era diferente”.

En un sentido amplio, el personaje central de la novela de Finot es el campo de batalla de dos miradas irreconciliables: la forastera, sintetizada por la educación recibida en Europa, y la exótica, representada por las tentaciones típicas del trópico, y de un pueblo -aún no una ciudad- que intenta armarse a sí mismo, construirse en contra de la adversidad y de la pobreza.

Tierra adentro narra un viaje hacia el interior de Lucio Salazar, y ese viaje sólo puede ser un proceso de disolución en el que la mentalidad civilizada es corroída por el misterio de la barbarie.

Finot escribió la novela en 1946, pero la ambientó en los primeros años 20, cuando Santa Cruz era una tierra que tenía un atraso de 40 años con respecto a otras ciudades del país, estaba aislada ya que no existían caminos transitables y todavía no se había construido las líneas del ferrocarril.

Las primeras luchas autonomistas empezaban a surgir y la novela no las deja pasar desapercibidas, las retoma y las explora con una abierta voz crítica. El autor fue historiador y ocupó diversos cargos diplomáticos, además de haber presidido la delegación boliviana en la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz en Buenos Aires.

Fue diputado nacional, ministro de Relaciones Exteriores y miembro de las academias bolivianas de la Lengua y de Historia. Tenía una estrecha relación con la parte occidental del país, lo que hacía que viera con ojos sospechosos los movimientos que clamaban por autonomía y federalismo.

“No hay cruceño que no aliente sentimientos regionalistas, porque nuestra tierra está harta de verse postergada y de ser tratada con injusticia. Pero no hay persona con dos dedos de frente que piense que Santa Cruz mejorará su suerte si se hace independiente o si se une a algún país limítrofe. Santa Cruz dentro de Bolivia puede serlo todo: fuera de ella será muy poco o nada. Yo soy campesino, pero no dejo de comprenderlo. Pero ellos saben que para arrastrar prosélitos necesitan encender las pasiones populares”, sentencia Ricardo, amigo de Lucio, que trata de despertarlo del letargo y de aconsejarle para que no confíe en los miembros del partido autonomista que, en la novela, es un séquito de logieros que lo utilizan como fachada de la nueva campaña electoral.

En los momentos en que la novela se vuelve más política, adquiere un tono didáctico en el que se presiente el mensaje de fondo del autor, pero cuando se olvida de este mensaje y de las buenas intenciones, y se limita a narrar, la historia corre a otra velocidad y se convierte en una fotografía de un lugar desaparecido, de un pueblo que vive en las mejores canciones de Gladys Moreno y de El Camba Sota.

Un lugar donde hay selva y caballos veloces, donde se organiza mañanas de cacería en las que se persigue a chanchos del monte durante horas en un rito que cimienta y festeja la masculinidad. Donde se bebe y se seduce a mujeres hermosas y letales, donde se farrea en buris que duran hasta el despunte de la primera claridad en el cielo. Donde hay frases bellas como esta: “Tengo un potro morro que te va a llenar la casita del ojo”.

Si bien es cierto que la novela trata de la confrontación de dos miradas, la tradicional y la cosmopolita, y también trata de un periodo particular de la historia política cruceña cuyas repercusiones se pueden sentir hasta nuestros días, Tierra adentro es antes que nada una historia de amor. O para ser más precisos, de la posibilidad de recuperar el amor perdido.

Al regresar a Santa Cruz, Lucio se reencuentra con Asuntita, quien una década atrás era su corteja y ahora es una mujer casada, con hijos, que está muy unida con la familia, ya que don Nicanor es su tío adoptivo.

En un principio el trato con Lucio es tenso, formal, pero poco a poco las cosas empiezan a complicarse y retoman la relación truncada años atrás. Todo esto sucede en un pueblo de 20.000 habitantes donde es difícil mantener secretos y donde Lucio intenta sostener una carrera política.

Les va bien por un tiempo, pero la felicidad es frágil, no dura. Lucio cae en una espiral que lo lleva a la abyección. Suaviza el descenso con whisky, con cerveza, con cualquier licor que borre el ruido en su cabeza.

Finot, adoptando la mirada de sociólogo, se atreve a hacer este duro diagnóstico: “Había permitido que se le infiltrasen las tres peligrosas ponzoñas que en Santa Cruz no perdonan a nadie: la política, el alcohol y las mujeres. De la primera creía haberse librado, gracias a su carencia de ambición y a la conciencia de su superioridad intelectual, que le ponía a cubierto de las vanidades lugareñas. Hasta agradecía las experiencias que le proporcionaba la suerte. Pero no podía emanciparse del dominio de los otros dos venenos.

El alcohol, que empezara por ser un antídoto contra el aburrimiento y contra la ausencia de estímulos espirituales, acabó por convertirse en requerimiento imperioso y en tiranía obsesiva y lacerante. El amor le había atraído siempre, como una inclinación propia de su temperamento sensual y de su genio romántico. Sus pasadas aventuras, hasta las más intensas, no dejaron en su corazón otra huella que la del recuerdo complacido o ligeramente mortificante. Pero aquellos arrebatos pasionales, aquellas crisis espantosas que en sus relaciones con Asuntita llegaron a dominarle, eran para él cosas nuevas, a las que no estaba acostumbrado. Ahora se confesaba que bajo tales influencias fácilmente hubiera llegado al crimen. ¿Tendrían razón los autores nórdicos que pintaban en páginas exóticas e inquietantes lo que es el “amor en los trópicos”, lleno de violencia pasional y sanguinaria? ¿O sería la extraña seducción de la mujer cruceña la que producía esas exacerbaciones colindantes con la insania?”.

En los regresos se vuelve como extranjero, en los regresos se arrastra una mirada que siempre es de afuera y que nunca alcanza a reconstruir lo que era propio: en esa discontinuidad se da una dialéctica que al final termina pulverizando todo.

En distintas literaturas contemporáneas se escribieron grandes novelas sobre regresos, sobre lo que suscita la idea del regreso, sobre el conflicto que este implica. Menciono cuatro para dar ejemplos: El común olvido, de la argentina Sylvia Molloy; El sueño del retorno, del salvadoreño Horacio Castellanos Moya; Home, de la estadounidense Marilynne Robinson; y El lento regreso, del austriaco Peter Handke.

Cuatro novelas muy distintas entre sí que, al igual que en Tierra adentro, cuentan la historia de un fracaso, la historia de una fisura que no se cierra y que posibilita la narración.

Quiero citar fragmentos de dos poetas extraordinarios que resonaban en mi cabeza mientras leía la obra de Enrique Finot. De una forma periférica, rozan la esencia de la novela, aunque se enmarquen en contextos culturales y en tradiciones equidistantes.

Uno es de Mark Strand, quizás el más grande poeta norteamericano vivo. En un poema titulado *Elegy for My Father*, anota: “¿Por qué viajaste?/ Porque la casa era fría./ ¿Por qué viajaste? Porque es lo que siempre he hecho entre el atardecer y el amanecer”.

El otro fragmento es de una canción de Jeffrey Lee Pierce, el más grande poeta del punk, fundador de The Gun Club, que murió a los 37 años en 1988 luego de una ardua batalla contra la heroína y el alcohol.

En *Carry Home* se escucha esto: “Regresé a través de muchas carreteras/ y de muchas lágrimas,/ tu carta nunca sobrevivió al calor de mi mano,/ mi mano ardiente,/ mi mano sudorosa./ Tu amor nunca sobrevivió al calor de mi corazón,/ mi corazón violento”.

Lucio Salazar se convirtió en un espectro. Regresó para volverse un fantasma del trópico.